Sorpresas te da la vida

Horacio José Fuentes

Image not found.

Capítulo 1

Sorpresas te da la vida

El revolver que llevaba sostenido por el cinturón le producía una doble incomodidad, una era la incomodidad física; ese hierro frio y pesado le impedía moverse como lo hacía habitualmente. La otra incomodidad era mucho peor, porque implicaba, miedo, tensión, angustia. Le sudaban la manos y sus movimientos eran torpes, no solo por el peso del arma, sino porque la nerviosidad lo hacía temblar aunque de manera imperceptible.

Nunca antes había llevado un arma y mucho menos de un calibre grande como un 38, pero las circunstancias recientes lo llevaron a encontrarse en una situación en la que jamás se hubiera imaginado.

Primeramente se le ocurrió que podría huir inmediatamente, pero le advirtieron que lo estaban controlando, para asegurarse (ellos) que cumpliera con el encargo; es decir matar al tipo que tenía aterrorizado al barrio y al que nadie se atrevía a denunciar porque sus vínculos lo protegían.

Los vecinos se confabularon y en una reunión secreta acordaron matarlo, realizaron un sorteo y el tristemente beneficiado fue él. Primero se negó aduciendo todo lo que se puede aducir en esos casos, pero fueron implacables —tendría que hacerlo— la decisión era de carácter inapelable, se habían juramentado, nadie que fuera elegido podría eludir la responsabilidad. Y como le recordaron el no puso objeción alguna cuando acordaron matar al tipo.

Agobiado por el terror al cambio que se produciría en su vida una vez cumplida la tarea encomendada, andaba ´por el barrio con el ánimo sombrío. Se consolaba diciéndose que en realidad el tipo que tenía que matar era un asesino despiadado y difícilmente se le podría encontrar alguna virtud; de todas formas la idea de matar le repugnaba. Maldijo el momento en el cual no opuso resistencia a la decisión colectiva que lo tenía en esta disyuntiva.

Más allá de todo esto que pensaba y que lo mantenía como en una irrealidad, no se sentía capaz de cumplir con el mandato, pero no le quedaba alternativa.

Hacía ya cinco días que llevaba el revolver en la cintura, pero aun no podía encontrar a Troncoso; ese era el apellido del tipo al que debía matar — el tronco— le decían y era un personaje digno de temer.

Las especulaciones se le presentaban una tras otras: primero pensó que el tipo debía estar enterado que alguien lo buscaba para matarlo; entonces

alguno del grupo era un traidor, después se convenció de que iba directo a una trampa o podría ser que por alguna cuestión eventual, Troncoso no estaba en el barrio. Muchas otras cosas se le ocurrieron y ninguna era alentadora, esperaba verlo aparecer en cualquier calle del barrio dispuesto a asesinarlo sin miramientos, o peor cualquiera de los que se cruzaban con él, podría ser su ejecutor. Pasaba de ser el cazador transformándose en una presa indefensa.

En el transcurso de ese quinto día se le acercó una mujer ya bastante mayor, el terror que sintió en ese momento, le impidió salir corriendo como el cobarde que era.

— ¿usted lo está buscando a Troncoso no?

Un sí entrecortado fue apenas lo que pudo contestar.

—no lo busque más, está muerto en su habitación

— ¿…que? Titubeo entre temblores incontrolables.

—Yo lo maté, era mi hijo.

El terror no le permitía articular. La mujer continuó

—ya no podía soportar a un hombre que se estaba convirtiendo una bestia.

Se notaba que la mujer necesitaba desahogarse porque siguió su monólogo.

—por casualidad oí que lo buscaban para matarlo y supe que el que lo buscaba era usted, y también supe que no sería capaz de cumplir.

— ¿pero y…?

La mujer lo interrumpió. —vi la oportunidad.

— ¿la oportunidad?

—si yo lo mataría y usted seria el culpable. Bueno adiós, le deseo la mejor de la suerte.